

Luis María Ansón

PRIMERO. A mí me gusta escribir **Ansón** y no **Anson**, porque prefiero que el apellido sea agudo como el sujeto que lo lleva. Anson me parece un anglicismo, y al pronunciarlo así me da impresión de que mi amigo Luis María se va a poner a conspirar a favor de **Ricardo Corazón de León** o a explicar en el *Times* la catástrofe de **Lady Di**. Segundo. Sospecho -me temo, tendría que decir- que hoy vengo obligado a escribir acerca de Luis María Ansón, argumento que siempre, excepto hoy, ha sido grato para mí, lo mismo cuando apareció su admirable y controvertido *Don Juan*, el "best seller" de la democracia, como cuando pronunció su poético discurso de ingreso en la Academia. Su entrada en el Séptimo Cielo de los inmortales me llenó de alegría porque como escritor, como periodista y como acarreador de cultura, Ansón merecía un sillón en aquella Casa desde hacía tiempo. Y éso que el gozoso y previsible acontecimiento se hizo de la peor manera posible, no por él, sino por la cuchipanda y por la compañía. No es grato penetrar en un templo tan noble, ilustre y deseado llevando de la mano a un sarcasmo.

CUANDO Ansón me invitó al acto de su entronización en la Academia, ya me ofreció un próximo sillón, que lo tengo tan verde como la zorra las uvas, y en seguida se lo ofreció también a *Cándido*, que lo contó en *Tiempo*. **Carlos Luis Álvarez, Cándido**, es dilecto, predilecto mío desde nuestras primeras letras, y a quien yo le daría ese sillón mañana mismo, y esta noche a **Umbral**, pero Ansón le advierte que no repita eso de "los cabrones de la Academia que dice **Campmany**". Lo de los cabrones de la Academia no lo digo yo, que lo dice don **Ramón María del Valle-Inclán**, a quien el Rey hizo, o mejor, reconoció como **marqués de Bradomín**, aunque ya tuvo que ser después de muerto. La Academia siempre ha ocasionado cóleras bíblicas y cabreos literarios. Cuando **Joaquín Calvo-Sotelo** quedó dentro a costa de dejar fuera a **Agustín de Foxá**, se produjo un duelo a versos entre los dos candidatos, el uno triunfante y el otro derrotado, y Foxá acusó a Calvo-Sotelo de explotar el apellido de su hermano el *protomártir*, y Calvo-Sotelo acusó a Foxá de querer abrir las puertas de la Academia de un derrote envenenado. Foxá entró luego, se sentó en el sillón "Z", y allí estuvo con Calvo-Sotelo al lado. Y los excelsos poetas del 27, entre ellos **Luis Cernuda**. **Gerardo Diego** y **Dámaso Alonso** fueron una noche a mearse, juntos y en parnasillo, a las paredes de la Academia. Me parece que Cernuda, grandísimo poeta y amorador de los "tiernos muchachos", ahora hay siete de esos allí, no llegó a entrar en la Academia, quizá porque andaba



En esta historia de La Ansoniada hay un auténtico conspirador, un verdadero conjurado aunque sólo se conjure consigo mismo, y ése se llama Luis María Ansón

por Inglaterra y Estados Unidos en los años de la guerra y la posguerra, pero Gerardo Diego y Dámaso Alonso, sí. Además Dámaso, con méritos y por fortuna, fue Director de la docta Casa.

Ahora se dice, quizá sea necesario decir, que Ansón se ha inventado una conspiración y que ha implicado en ella a sus amigos periodistas, cuando la verdad es que ninguno de ellos imaginaba estar en una conjura, **Antonio Herrero, Jiménez Losantos, Martín Ferrand, Pablo Sebastián, Pedro J. Ramírez, Antonio García Trevijano, José Luis Gutiérrez**, y mucho menos andaban en conspiraciones o motines otros miembros de la AEPI como **Camilo José Cela** o **Antonio Gala**. Lo que le sucede a Luis María Ansón es que él sí es un conspirador, y un conspirador nato, permanente, perenne e infatigable. Lo conozco desde hace casi medio siglo y me lo he encontrado repetidamente conspirando de alguna manera y a favor de una u otra empresa o hazaña, y siempre y por encima de todas, la empresa de ayudar a traer la monarquía y poner en el Trono a **Don Juan de Borbón**, a quien él jamás dejó de llamar **Juan III**. Hubo unos años en que Luis María era el único joven monárquico militante que andaba por el periodismo activo, y su soledad y apariencia de entusiasta e iluso no le arredraban en absoluto y pasaba por en medio de un ambiente hostil impertérrito y con admirable empecinamiento, tozudez y convicción insobornable.

CUANDO él andaba tirando de aquella monarquía que a muchos parecía improbable y a algunos parecía imposible, asomaba yo en el periodismo de Madrid por las páginas de un periódico que llevaba fama de republicano y que defendía vergonzantemente una salida republicana al régimen franquista, es decir, propugnando la Regencia. Era el tiempo en que **Ernesto Giménez Caballero**, aquel malabarista del idioma, explicaba que al constituir **Franco** a España en Reino, desempolvando la vieja ortografía de la palabra, quería indicar que Rey-no. Reino sin Rey. Giménez Caballero era capaz de explicar ese despropósito, igual que querer casar a **Adolfo Hitler** con **Pilar Primo de Rivera**, qué barbaridad. Incluso en algún momento de aquellos años se apoyó -muy tímidamente, esa es la verdad- la candidatura de don **Alfonso de Borbón Dampierre**, casado con la nieta de Franco, que patrocinaba doña **Carmen Polo** con la ayuda de **Mariano Calviño de Sadeduco** y **Gras** y algún otro buscador de oro. Si en toda esta historia que muy bien podríamos llamar *La Ansoniada* hay un verdadero conspirador, un auténtico conjurado, aunque sólo se conjure consigo mismo, ese se llama Luis María Ansón. Y la Academia ya puede ir olvidándose de meter allí a periodistas. ■